

***TRES REFLEXIONES
EUCARÍSTICAS
DE ALTO VALOR***



P. Rafael Ibarguren Schindler, EP

¿MILAGROS EUCARÍSTICOS O MILAGRO EUCARÍSTICO?

P. Rafael Iburguren EP

Nuestro amor a Jesús Sacramentado se impresiona con los diversos milagros eucarísticos que han sucedido a lo largo de la historia. Algunos son muy conocidos, como el milagro de Lanciano, el de Santarem o el de Daroca. Se trata de manifestaciones sobrenaturales que llevan a los fieles a hacer crecer en su fe en la presencia real y que la Iglesia, después de comprobados los fenómenos, reconoce y propone para la edificación del pueblo de Dios.

Ahora, sucede que por más que esos milagros sean impresionantes y, por cierto, muy venerables, deberíamos antes considerar y valorar el milagro permanente y siempre renovado, el milagro de los milagros, que es la propia transubstanciación. Sin derramamiento de sangre, ni ruidos, ni sustos, ni trances, en la cotidianeidad de miles de Misas celebradas en todo momento, el milagro no cesa de producirse mientras que las personas pueden llegar a tomarlo como algo natural...

Resulta, además, que en la Eucaristía no es solo un milagro el que se produce, son varios. ¿Varios milagros en cada Misa? Si, veamos

Primer milagro: es la propia transubstanciación que consiste en la conversión de toda la substancia del pan y de toda la substancia del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, por las propias palabras del sacerdote que pronuncia la fórmula de la consagración. La especie pan deja de ser pan y la especie vino deja de ser vino.

Segundo milagro: los accidentes del pan y del vino -como son el sabor, el olor, la figura, el peso, el color- permanecen sin estar apoyados en ninguna substancia y siguen siendo sensibles, nutritivos, corruptibles, etc.

Tercer milagro: todo el cuerpo de Cristo está entero en una hostia pequeña o en un cáliz consagrados, sin que al partir o dividir las especies se parta o se divida el cuerpo de Cristo. Ese divino cuerpo está completo en una migaja de pan o en una gota de vino consagrados, al igual que está entero en toda la hostia y en el cáliz después de la transubstanciación.

Cuarto milagro: Cristo está entero bajo cada especie; pues, por concomitancia, en el pan consagrado donde está el cuerpo, está también la sangre, el alma y la divinidad, y en el vino consagrado está no solo la sangre sino también el cuerpo, el alma y la divinidad. De la misma manera, y por una razón análoga, en la Eucaristía está presente la Santísima Trinidad, ya que las tres Divinas Personas tienen la misma

naturaleza y donde está una, están necesariamente las otras. Donde está Jesús está el Padre y el Espíritu.

Quinto milagro: Cristo no deja de estar en el cielo mientras está en cada una de las hostias consagradas. Allá está en con su cuerpo en dimensiones naturales y en forma visible. En cada una de las millones y millones de hostias que no cesan de multiplicarse y de dividirse a diario, está igualmente realmente vivo en su única substancia, aunque oculto bajo el velo del sacramento.

Entonces, si tanta curiosidad producen los clásicos y célebres milagros eucarísticos al punto que nos encantaría peregrinar a esos lugares para constatarlos y adorar las hostias que se conservan por siglos o lo corporales manchados con la sangre divina, atinemos antes para la riqueza del milagro primigenio, permanentemente renovado.

Nos impresiona aquello de que en el imperio de Carlos V no se ponía el sol por la extensión de sus dominios. Pero... ¿qué decir del fulgor del milagro Eucarístico, hecho realidad en todo tiempo y en todo lugar? ¡O res mirabils!

http://reflexionando.org/wp-content/articulos/p_rafael_ep/Jesus_Hostia_por_Maria.pdf

A JESÚS-HOSTIA POR Y CON MARÍA

P. Rafael Iburguren EP

Un conocido cántico eucarístico latino –que Mozart interpretó con su genio insuperable- nos dice una verdad sencilla y trascendental: “Ave verum corpus natum de Maria virginem”; Ave, verdadero cuerpo nacido de la Virgen María. Jesús, Dios y hombre a la vez, recibió la carne y la sangre de María.

Así siendo, la Eucaristía tiene una íntima relación con esa “Mujer eucarística”, como le llamó Juan Pablo II en su encíclica *Ecclesia de eucaristía*. Fuente y ápice de la vida cristiana, es el único de los siete sacramentos donde la figura de la Virgen es relevante. Caro Christi, caro Mariae. La carne de Cristo es la carne de María, nos dice, un tanto atrevidamente, San Agustín (Comentario al Salmo 98, 9). En los otros seis sacramentos, ella no se deja entrever, no tiene una relación directa. Aunque, como medianera de todas las gracias que es, nos conduzca siempre con tacto materno a la recepción de cada sacramento.

Para redimirnos, Dios dispuso desde toda la eternidad que se obrase el misterio de la Encarnación, y para ello unió en lazo indisoluble la madre al Hijo al predestinarla para que en sus entrañas el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros.

Habiendo Dios realizado el prodigio de la Redención en la plenitud de los tiempos, se diría que, en su amor extremado por los hombres, aún quiso hacer más, e “inventó” la manera de quedarse con nosotros que es esta especie de encarnación continuada, una vez que las especies –el pan y el vino- consagradas son la actualización permanente y la aplicación práctica, en el tiempo y en el espacio, a todos y a cada uno de los hombres, del misterio de la Encarnación. Jesús se encarna en las manos de sacerdote cada vez que éste pronuncia las palabras de la consagración en la Santa Misa.

El Padre eterno nos dio a Jesús, por obra del Espíritu Santo... a través de María. Y si, como dijimos, la Eucaristía continúa, a su modo, el misterio de la Encarnación, el don que se perpetúa sobre los altares no es otro que el “nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Gal. 4, 4), Cristo Jesús.

Es por eso que, asiduos a los pies del Santísimo Sacramento, debemos tomar como modelo de adoradora a la Virgen María. A ella que pasó nueve meses en intimísima e inefable unión con Jesús ¡fue un sagrario viviente! Después de darlo a luz, treinta años de feliz convivencia en el hogar de Nazaret y por fin otros tres como discípula fiel, compartiendo las alegrías y las penas del Mesías, Hijo de David.

No pudo ser de otra manera: en todo momento y circunstancia María lo adoró devotamente. Lo hizo en la vida mortal de Jesús, lo hace ahora en el cielo... y lo hace también en la tierra, en todos los sagrarios y custodias existentes. Queremos piadosamente imaginar que lo hace especialmente, allá donde los hombres lo ignoran, lo subestiman o lo ultrajan.

Se dice, y es una convención, que los ángeles adoran si cesar al Santísimo Sacramento en todo lugar dónde esté presente ¿Y qué decir de María, Madre de Dios y Reina de los Ángeles? ¿Acaso no hará lo propio y con mayor excelencia?

Permanentemente junto a su Hijo, ella es nuestra compañera fiel y solícita en el turno de vigilia, siempre que llegamos cerca de la hostia fulgurante de blancura y le miramos, aunque le digamos tan solo que hemos venido a reportarnos, cuando no se nos ocurre articular alguna oración o reflexión. En medio de la multitud que aclama o en el silencio de un encuentro personalísimo, ella nos dice siempre, con aquella discreción única, “hagan lo que Él les diga” (Jn. 2, 5). Depositando algún buen propósito a sus pies, cada vez que así sucede, podemos decir que hemos ganado el día.

Señor Sacramentado, quiero seguir el consejo de tu madre que es también mi madre. Soberano rey y Señor de cielo y tierra que te has hecho pequeño y accesible, ocultándote bajo el velo del sacramento; sabiéndote mi hermano, me animo a quedar más tiempo en tu presencia, bajo el manto de la madre común.

ADORACIÓN E INDULGENCIA.

P. Rafael Iburguren EP

Todos aspiramos a beneficiarnos de muchas maneras: tener salud, tener dinero, tener prestigio... En general, se trata de cosas que se refieren al bienestar temporal. Pero resulta que no fuimos creados para estar eternamente en la tierra; un día no estaremos aquí. Por eso hay que dirigir la puntería a valores más altos.

La meditación de este mes será sobre uno de los beneficios más extraordinarios que podemos recibir sin que nos cueste un especial esfuerzo o ingenio. Se trata de un don inmenso que se nos sirve gratuitamente en bandeja de oro y plata.

El Manual de las Indulgencias de la Librería Editrice Vaticana nos explica lo qué es una indulgencia, las condiciones para lucrarla y las obras u actos que están indulgenciados. Vale mucho la pena conocer bien el tema.

“La indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados ya borrados en cuanto a la culpa, que el fiel cristiano, debidamente dispuesto y cumpliendo unas ciertas y determinadas condiciones, consigue por mediación de la Iglesia, la cual, como administradora de la redención, distribuye y aplica con autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los santos. La indulgencia es parcial o plenaria, según libre en parte o en todo de la pena temporal debida por los pecados.

Para ganar una indulgencia plenaria, además de la exclusión de todo afecto a cualquier pecado, incluso venial, se requiere la ejecución de la obra enriquecida con indulgencia (por ejemplo: visitar un templo determinado, hacer una peregrinación a un santuario, recitar una oración, etc.) y el cumplimiento de tres condiciones que son: la confesión sacramental, la comunión Eucarística y la oración por las intenciones del Sumo Pontífice. Las tres condiciones pueden cumplirse unos días antes o después de la obra prescrita; pero conviene que la comunión y la oración por las intenciones del Sumo Pontífice se realicen el mismo día en que se cumple la obra”.

Entre los numerosos actos que la autoridad eclesiástica enriquece con indulgencias, está dicho que “se concede indulgencia plenaria al fiel cristiano que visite el Santísimo Sacramento para adorarlo por espacio de media hora por lo menos”.

¡Qué tesoro de altísimo valor tenemos a nuestro alcance los adoradores que, además de beneficiarnos de la compañía del Señor presente en la Hostia consagrada, podemos limpiar nuestra alma al punto de

dejarla impecable y lista para comparecer ante Dios sin pasar por las penas durísimas del purgatorio: ¡ese es, precisamente, el efecto de una indulgencia plenaria!

La delicadeza de nuestra conciencia debería llevarnos no solo al deseo de no ofender a Dios, sino al empeño de agrardarle en el más alto grado posible. Por eso, lavarnos por los méritos infinitos de la redención, a través de los medios que la Iglesia pone a nuestro alcance, es una exigencia no solo del amor debido a Dios sino del sano amor que uno debe tributarse a sí mismo. Porque nuestra salvación eterna no es negociable.

La Iglesia, cual tierna madre, nos sirve en bandeja de oro y plata la posibilidad de purificarnos plenamente recibiendo una indulgencia plenaria... ¡hasta diariamente, si nos lo proponemos!

Lástima que el ritmo de las ocupaciones absorbentes que nos inquietan y la tensión permanente que impregna nuestro cotidiano vivir, no nos deje tiempo ni espacio mental para pensar y obrar de esta manera eminentemente sabia cual es la de procurar el tesoro escondido por el que se vende todo lo que se tiene para poseerlo (Mt, 13, 44).

Notemos que no se exige para ganar una indulgencia plenaria que estemos ante la Eucaristía expuesta solemnemente, ella puede estar reservada en el sagrario; en uno de esos tantos de sagrarios que pueblan nuestras ciudades y pueblos, y que a menudo dejan tan indiferentes a los fieles.

Adorar al Señor sacramentado durante media hora, cuando se hace este acto de culto sin afecto al pecado, rezando por las intenciones del Papa, confesándose (el mismo día, o días antes, o días después) y comulgando, restaura toda una vida. Tan solo media hora con esas disposiciones, cura una existencia de años de tibieza o de muerte.

¿No parece esto ilógico y excesivo? Sí, y tanto, cuanto lo es el amor de un Dios crucificado y hecho pan, que nunca desiste de acogernos, que nos espera siempre.

Para quien no tiene fe o la tiene muy pobre, esto de las indulgencias se reduce a una práctica "preconciliar" superada. Para quien cree, es la prenda más linda del amor de Dios y de la solicitud de la Iglesia.